

Las fortalezas teologales: La Fe, la Esperanza y el Amor R. Esteban Montilla, Ph.D.

"Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor" (1 Corintios 13:13, RVR1995)

La festividad decembrina representa una oportuna ocasión para hablar de la fe, la esperanza y el amor. La celebración navideña está conectada con un nuevo comienzo, un renacimiento o un regreso a la luz. Los cristianos, aunque al principio para evitar ser confundidos con las religiones romanas estuvieron renuentes a participar en las celebraciones relacionadas con el solsticio de invierno, eventualmente decidieron usar este acontecimiento para referirse a la llegada de Jesús de Nazaret como el nuevo camino y la nueva luz que nos llevaría a vivir una vida plena basada en la fe, la esperanza y el amor.

La fe constituye uno de los elementos fundamentales para poder experimentar una vida floreciente. Al hablar de fe hacemos referencia a una fuerza interna que nos permite manifestarnos e irradiar hacia afuera y hacia los demás. Como fuerza interna tiene características cognitivas porque podemos usar nuestra racionalidad para argumentar el hecho de creer que es posible alcanzar lo que uno se propone al tiempo que nos dota de atributos emocionales al presuponer un sentimiento de confianza. Así que la fe tiene características ontológicas al formar parte de la esencia y biología humana, pero, al mismo tiempo, la fe es una habilidad que puede desarrollarse con el ejercicio disciplinado. Esto quiere decir que los seres humanos desde el mismo comienzo existencial somos poseedores de esta fuerza interna llamada fe; no obstante, ésta puede crecer o disminuir a través del curso de la vida. La petición de los discípulos de Jesús de Nazaret confirma esta naturaleza dinámica de la fe al decir "Señor: ¡Aumenta nuestra fe!" (Lucas 17:5).

Una persona puede tener fe en sí misma, fe en los demás, fe en las ideologías, fe en las cosas, fe en la naturaleza y fe en Dios. En este sentido, la fe se entiende como una experiencia interna pero con un alto contenido relacional. Es decir, tener fe implica creer en los potenciales intrínsecos del ser humano y creer que se está equipado con las herramientas biológicas, psicológicas y espirituales necesarias para trascender. Sin embargo, por la condición colectiva y comunal de la fe, ésta puede experimentarse en su plenitud en el contexto relacional. La fe para poder florecer requiere de acciones concretas y de un alto compromiso social (Santiago 2: 14-26).

Desde la perspectiva cristiana, tener fe también significa creer. En tal caso, como personas creadas a la imagen de Dios, tenemos poder, voz y capacidad para un vivir compasivo. Este creer en quienes somos está altamente ligado con el tener fe en los demás. El énfasis está en el hecho de comprender que, como personas, debemos estar conscientes de estos atributos genéticos y fortitudes existenciales que nos caracterizan, a partir de los cuales, nos será mucho fácil el creer en los demás.

La narrativa que se encuentra en el capítulo tres del primer libro de la Biblia hace referencia a los problemas que se generan debido a una falta de fe. Allí en Génesis se relata la historia de Adán y Eva, quienes, después de haber sido creados a la imagen de Dios dudaron de su condición humano-divina. “Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó” (Génesis 1: 27, NVI). Luego el relato menciona que ellos fueron sometidos a una prueba de fe. La serpiente fungiendo como instrumento de esta prueba les invita a que coman el fruto del árbol prohibido al prometerle que tendrían más conocimientos y que serían como dioses (Génesis 3: 4). Adán y Eva hicieron caso de la serpiente y al comer del fruto pecaron. El pecado de ellos estuvo en el hecho de que no ejercieron su fe, de que dudaron de quienes eran; ya eran como dioses porque así fueron creados, pero no habían asumido esa verdad, simplemente no se lo creyeron. Adán y Eva pudieron haberle respondido a la serpiente simplemente “ya somos como dioses”, y tal vez la historia de la humanidad hubiera sido diferente. Este narrativa nos indica que en el fondo de los problemas que enfrentamos como seres humanos ésta la falta de fe, la falta de creer en quienes somos, la falta de creer en los atributos con los cuales fuimos dotados.

El progreso hacia una vida en abundancia es muy cuesta arriba cuando olvidamos quienes somos: hombres y mujeres creados a la imagen de Dios. El dudar de nuestra identidad humano-divina nos puede llevar a una cultura de competencia, de odio, de agresión, de exclusión y de muerte. La segunda carta de Pedro nos recuerda la importancia de alimentar lo que es puro y bondadoso dentro de nosotros: “Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegásemos a ser participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1: 3-4).

De manera que para fortalecer nuestra fe necesitamos comenzar con creer en quienes somos. Esta tarea no es fácil ya que a través de las edades han existido sistemas de poderes que consistentemente nos han llevado a dudar de los potenciales inherentes que tenemos para vivir vidas compasivas y transformadoras. Las acciones de agresión y violencia que a menudo vemos en nuestras sociedades dan evidencia del proceso de colonización al que han sido sometidas nuestras mentes, con ello, el modo de construcción de la propia subjetividad.

Parecería que les creímos a los falsos profetas que proclaman que servimos solo para hacer lo malo. Ahora es el tiempo de creer en la declaración de nuestro Creador quien al mirar todo lo que había hecho se consideró que era muy bueno (Génesis 1: 30). El estar claro en quienes somos nos ayudará a identificar la voz cierta y verdadera que debemos seguir. La voz de nuestro Creador nos dice “te he formado con todo lo necesario para alcanzar la excelencia en esta vida. Eres capaz de vivir de manera justa, amable y digna” (Filipenses 4:8). Sí, es cierto que somos capaces de hacer maldad, pero al recordar

quienes somos en sí podemos darle paso a lo noble dentro de nosotros. Esto es tener fe en Dios y creer en su palabra.

La duda y la sospecha tienen su lugar en la vida, porque forman parte del pensar reflexivo, y nos ayudan a sobrevivir. Necesitamos dudar de las fuerzas opresoras y colonizadoras que tratan de despertar en nosotros lo más oscuro de nuestras almas. Tenemos que sospechar de las voces que nos invitan al engaño y a la explotación de nuestros semejantes. Es menester que dudemos de las ideologías e interpretaciones que llevan a la exclusión y favorecen a los poderíos. Pero, no podemos anclarnos en ese único modo de pensar porque eso limitaría nuestras capacidades reflexivas, imaginativas, creadoras y transformadoras. Entonces, la invitación es a tener pensamientos de avanzada, ver más allá de lo inmediato e irradiar con nuestra fuerza interior para impulsar nuevas y mejores realidades. La duda y la sospecha que son iluminadas por nuestra fe nos permiten creer y afirmar sólidamente que juntos crearemos una nueva humanidad basada en una cultura de justicia y paz.

La fe nos permite ver la vida bajo una óptica distinta. Al hacer un análisis de nuestra situación y del mundo lo hacemos bajo una nueva luz. Miramos no solo los problemas que estamos enfrentando sino también divisamos un mejor mañana. Precisamente “la fe como fundamento de lo que se espera y prueba de lo que no se ve” (Hebreos 11:1) nos permite mantener vivo el soñar. Si en este momento histórico no vemos una salida a los problemas graves que enfrentamos tales como la pobreza crítica, la inseguridad social, la corrupción, el abuso de poder y la avaricia, entre otros males, es porque nos hemos distanciado de la fe, del creer en esa fuerza interior y exterior nos mueve. Entonces, más que nunca, hoy necesitamos ser hombres y mujeres de fe. Una fe que además de darnos estabilidad existencial, nos sana, y nos mueve hacia la esperanza. “*Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe.*” (1 Juan 5:4, NIV).

La segunda dimensión de estas fortalezas teologales es *la esperanza*. “La esperanza es lo último que se pierde,” parece ser una frase universal que trasciende lo cultural y lo geográfico. Debido a la naturaleza holística de la esperanza no es fácil precisar una definición de ella. Lo que sí sabemos es que la ausencia de esperanza o la desesperanza nos lleva a muchos males sociales, mentales y espirituales. Una persona o una comunidad que pierda su esperanza se hunde en el fatalismo, el conformismo y la miseria.

La esperanza nos ayuda a vivir el presente con la certeza del ayer y el misterio del mañana. Ahora bien, lo que esperamos del mañana tienen un impacto directo en cómo vivimos en el presente. Es decir mientras esperamos el mañana somos transformados en el hoy. De manera que la esperanza tiene que ver con el ayer, con el presente y con el futuro.

La esperanza es una fortaleza con características cognitivas, emocionales y espirituales que es fundamental para el bienestar integral del ser humano. La esperanza no solo nos

ayuda a sobreponernos a la mayoría de los desafíos que enfrentamos, sino que también, nos ayuda a vivir vidas florecientes.

La esperanza es más que esperar resultados positivos o que pasen buenas cosas. Ésta se refiere a la capacidad humana para visualizar ideales y confiar que éstos son alcanzables gracias a las fuerzas motivadoras que nos mueven y a las habilidades que tenemos para desarrollar las estrategias e implementarlas con perseverancia. En este sentido la esperanza tiene cinco componentes: 1) el anhelar un mañana distinto, 2) el creer que este mañana es posible, 3) el hacer uso de todas las fuerzas internas y externas para lograrlo y 4) el planificar las estrategias a seguir a fin de alcanzar esa meta y 5) el implementar el plan con determinación y perseverancia.

El primer componente de la esperanza tiene que ver con nuestra capacidad de soñar, de anhelar un mañana mejor y visualizar una existencia más plena. Este componente de esperar un futuro distinto es muy activo ya que invertimos todo nuestro ser en la prosecución de aquello que esperamos. Sin embargo, esta espera no supone una condición obsesiva, sino, más bien formativa, en el sentido de que en el proceso de vivenciar las experiencias cambiamos y somos renovados. El esperar nos ayuda a cambiar de perspectiva y de expectativas. Es probable que en algunos casos la espera nos ayude a reflexionar y a darnos cuenta de que quizá nuestro sueño era muy pequeño o que simplemente era ilógico. El esperar algo mejor no es una experiencia solitaria o individual, porque, todo lo que hacemos, necesariamente, tiene un componente social. Es por esto que la espera es tan valiosa, en tanto involucra el hecho de consultar con los demás con el fin de poder redefinir nuestro sueño o mañana.

El segundo componente de la esperanza se refiere al creer que es posible alcanzar la meta y que tenemos lo que se requiere para lograrla. Es en este punto donde la fe y la esperanza se entrecruzan de manera más profunda. El tercer componente apunta al uso sabio de todos los recursos internos y externos a fin de lograr lo que anhelamos. Entre los recursos internos está nuestra constitución biológica, nuestra personalidad, nuestra resiliencia, nuestras inteligencias, nuestras fuerzas motivacionales y nuestra manera de pensar y de sentir. En los recursos externos tenemos a nuestra red social principalmente compuesta por la familia, las amistades y pares del trabajo o de los estudios. El recurso externo por excelencia es la asistencia recibida por parte de nuestro Creador y de los seres angelicales que Dios pone a nuestra buena disposición. “¿Por qué voy a inquietarme? ¿Por qué me voy a angustiar? En Dios pondré mi esperanza” (Salmos 42:11, NIV).

Colocar la esperanza en Dios implica el creer que Él nos dotó con todo lo necesario para alcanzar la vida plena acá en este mundo y en el venidero. Colocar nuestra esperanza en Dios también indica que reconocemos que como criaturas de un Dios que vive en comunidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo) necesitamos estar en conexión positiva con nuestros semejantes y con el resto de la creación a fin de poder lograr nuestros sueños.

El cuarto componente tiene que ver con el plan y estrategia que trazamos para alcanzar la que nos hemos propuesto. Es importante mantener en mente que somos parte de un plan de bienestar mayor que Dios diseñó desde el principio (Jeremías 29:11; Romanos 15:3). Este plan no es un misterio. Dios quiere que nos unamos a Él en el trabajo de restaurar su imagen en los seres humanos. Una imagen que refleja una cultura de paz, de amor, de inclusión, de justicia y de compasión. Nuestros sueños han de estar dentro de este marco diseñado por nuestro Creador. Ahora, es necesario que anhelemos un mañana mejor y que creamos que tenemos lo necesario para alcanzarlo, pero, además necesitamos hacer el plan o desarrollar la estrategia para alcanzar eso que esperamos (Lucas 14:28-32).

El último componente hace referencia a la implementación del plan y la debida perseverancia necesaria para luchar hasta lograr la meta. Este elemento de la esperanza es concreto, operacional y relacional, nos ayuda a mantenernos en la lucha y nos anima a evitar la resignación. Sin duda al proseguir nuestros sueños tendremos dificultades y enfrentaremos obstáculos, pero, desde una actitud esperanzadora podemos asumir posiciones alternativas (plan b, plan c,...), y ello nos persuade a seguir adelante sin rendirnos, con la certeza de que estas luchas fortalecen nuestro carácter (Romanos 5:3-5). En otras palabras haciendo uso de la paciencia nos esforzamos y trabajamos duro para lograr lo planteado (1 Timoteo 4:10). De esta manera, el esperar no nos crea actitudes de desesperación o de angustia.

Los poderíos de este mundo han hecho todo lo posible, a través de sus campañas de colonización de la mente, para ir mediando en nuestras consciencias; ello con el fin de hacernos creer que la situación de hoy es parte del destino y de los ciclos de la vida. Estas potestades dicen que no hay mucho que hacer porque las cosas seguirán iguales. La intercepción entre la fe y la esperanza nos capacita para rechazar estas falsas aseveraciones. Sí hay un mañana distinto. Sí podemos crear una nueva humanidad en este planeta donde convivamos con respeto y dignidad bajo la bandera del amor. Sí hay esperanza de un mundo mejor. “Cobren ánimo y levanten la cabeza, porque se acerca nuestra liberación (Lucas 21:28). El Dios de la esperanza es nuestro firme y seguro ancla que nos asistirá en nuestra búsqueda de la excelencia humana. El que tiene este tipo de esperanza es transformado gradualmente a la estatura de nuestro Señor Jesucristo (1 Juan 3:3).

Este tipo de esperanza tiene la capacidad de trascender las realidades de este mundo ya que nos pone en contacto con la misma eternidad (Tito 1:2). Esta es una esperanza que resiste las crisis y tribulaciones más difíciles que podamos enfrentar. Esta es la esperanza que necesitamos para poder florecer y experimentar la vida a su plenitud. Por eso le pedimos al Dios de la esperanza que nos colme de esta esperanza restauradora y trascendente (Romanos 15:3) y que nos dé el poder para aguardar la bienaventurada esperanza de su manifestación gloriosa (Tito 2: 12-13).

El último elemento de las fortalezas teológicas es *el amor*. El amor también es una experiencia que involucra al ser humano en su totalidad. En este sentido el amor tiene características fisiológicas, cognitivas, emocionales y relacionales que al activarse generan en el ser humano una cadena de reacciones difíciles de medir y precisar. Es por esto que el amor nos es tanto para definirlo sino para vivirlo. El amor es como la realidad de Dios a quien no podemos entender a su plenitud, pero, sí podemos experimentarlo en nuestras vidas diarias.

El amar y el sentirse amado es una de las experiencias más trascendentales que un ser humano pueda experimentar. Esta fuerza llamada amor es tan poderosa y tan abarcante que forma parte de las creencias centrales en la mayoría de las religiones del mundo. Por ejemplo los Judíos y los Cristianos consideran que amar a Dios, amar a los demás y amarse a si mismo constituye el más alto compromiso existencial que tiene una persona. Estas dos religiones postulan que la salvación está conectada con la práctica de esta máxima del amor (Deuteronomio 6:4-5; Levíticos 19:18; Marcos 12:29-30; Lucas 10:27; 1 Juan 4:16) y postulan que el amor sana, une, restaura y transforma.

El amor tiene siete componentes: 1) El compromiso, 2) la intimidad, 3) la pasión, 4) el respeto, 5) la solidaridad, 6) la compasión y 7) la humildad. En cualquier relación seria y significativa se pueden notar estos siete factores. Estos componentes del amor se pueden observar en una relación de amistad, en una relación de pareja y en una relación familiar. La diferencia estaría en la intensidad y en la manera como se expresan cada uno de estos componentes. En este sentido no hay varios tipos de amor sino uno solo, pero, que se expresa de forma distinta dependiendo de la naturaleza de la relación.

El primer componente del amor es el compromiso presente en una relación. El compromiso puede ser con uno mismo, con los semejantes, con el resto de la creación y con Dios. Es responsabilidad de ambas partes el invertir a través de acciones concretas para la permanencia, el desarrollo y la proyección de la relación. El compromiso también implica un acuerdo al que se suscriben ambas partes donde se establece el marco o las fronteras de la relación (Filipenses 1:9; 1 Timoteo 1:5).

El segundo componente del amor hace referencia a la intimidad o cercanía que se desarrolla en una relación. Este nivel de compenetración en lo corporal, intelectual, emocional, social y espiritual está altamente relacionado con la confianza y con el tipo de relación. Por ejemplo, la intimidad está presente en una relación madre-hija, esposa-esposo, amiga-amigo, sin embargo, el intercambio que ocurre en cada elemento de la intimidad es distinto en intensidad y estilo. El elemento común en estos tipos de relaciones es la disposición a compartir en un espíritu de mutualidad lo que uno piensa, siente y cree (Filipenses 2:2; Colosenses 2:2; 1 Pedro 5:14).

El tercer elemento del amor tiene que ver con la pasión o el entusiasmo con el que se expresa lo que se piensa, se cree y se siente por la otra persona. El fervor o vehemencia

no se puede esconder ya que las reacciones bioquímicas que ocurren en los cerebros de ambas partes producen sensaciones corporales fácilmente visibles. El acaloramiento o efervescencia también se puede notar en el lenguaje verbal y non-verbal. Sin embargo, es muy importante mantener en mente que los niveles de intensidad pasional de una relación van a depender del contexto socio-cultural (Hebreos 10:24; 1 Pedro 4:8).

El cuarto elemento del amor es el respeto o consideración a la dignidad intrínseca de cada persona que compone a la relación. El respetar a un ser humano implica reconocer los derechos, el valor y los privilegios que tiene como persona. Además, respetar implica el aceptar las libertades inherentes en los demás y el estar dispuesto a hacer lo posible para que la persona pueda ejercer su derecho a vivir la vida de manera plena. Este componente del amor, al igual que los demás, tiene un impacto social que va más allá de la relación, en tanto, involucra a la comunidad en la cual se vive. El respeto entonces viene a ser como el agua que hidrata la vida de las personas involucradas en la relación. Es decir el respeto es el conductor universal del amor (Efesios 4:15; 2 Pedro 1:7).

El quinto elemento del amor es la solidaridad o fraternidad presente en una relación. La solidaridad tiene mucho que ver con el ser sensible a las necesidades y realidades de los demás. En una relación padre-hijo, esposo-esposa, novio-novia, amigo-amiga la empatía, o esfuerzo genuino por entender como la otra persona piensa, se siente y vive, representa el eje que determinará la permanencia y la satisfacción en la relación. La solidaridad implica también el ser leal tanto a la persona como a sus valores. Este ambiente de fidelidad se nutre de la transparencia e integridad presente en ambas partes. En este sentido, la solidaridad se caracteriza por un espíritu de mutualidad y compañerismo afectivo, intelectual, espiritual y social (Lucas 10:27; 1 Tesalonicenses 4:9; Filemón 1:6-8).

El sexto elemento del amor es la compasión o la actitud comprensiva que mueve a una persona a actuar con la intención de aliviar o remediar una aflicción. Una postura compasiva implica el reconocer que los seres humanos, así como poseen fortalezas, también tienen grandes limitaciones que pueden afectar la vida relacional. Es aquí donde el regalo del perdón hace su aparición. La persona herida o afectada al estar movida por un espíritu de bondad y benignidad, decide no ignorar o minimizar el daño ocurrido, pero, si al hecho de renunciar a su derecho de vengarse y, por lo contrario, otorga el don del perdón. La compasión además está conectada con la delicadez y ternura con la que se hace el reparo de la situación (1 Corintios 13:4-7; Efesios 4:2).

El séptimo elemento del amor es la humildad o la disposición en un ser humano a ayudar a crecer y florecer a las personas que le rodean. Una persona humilde es entonces aquella que promueve el crecimiento integral en los demás. Por ejemplo en una relación de pareja ambas partes llegan con sus propias metas y al formar la relación crean otras metas maritales o colectivas, pero esto, no significa que tengan que

renunciar a sus metas como individuos. La humildad en los miembros de esta relación les ayudará a proseguir hacia la meta como pareja pero sin descuidar sus planes particulares como individuos. Este elemento del amor, al igual que los demás, está interconectado con la compasión y la solidaridad. Una persona humilde hace lo mejor de sí para evitar opacar a los demás y está presta a reconocer cuando ha traspasado los límites acordados para la relación (Romanos 12:10; 1 Corintios 13:4).

Al igual que la fe y la esperanza, el amor se caracteriza por su naturaleza dinámica y fluida. En este sentido el amor puede crecer o estancarse a través del curso de la vida. La responsabilidad de nutrir la relación es mutua y descansa en las manos de ambas partes. Las relaciones humanas que permanecen y florecen están caracterizadas por la presencia consistente de estos siete elementos del amor. No es realista pensar que los niveles de intensidad de estos elementos del amor serán los mismos a través del ciclo de la relación; estos deben evolucionar en función de la dinámica cambiante y transformadora implicadas en la voluntad, disposición y dialogo entre las partes, asimismo, dichos elementos variarían en base al contexto socio-cultural e histórico. Lo que sí es importante es que estos elementos han de estar presentes en todo momento de la relación. El amor es el broche o cinturón que hace completa cualquier relación (Colosenses 3:14; 1 Corintios 16:4).

*Señor Jesús aumenta nuestra fe, nuestra esperanza y de manera plena llénanos de tu amor. En estas navidades al recordar tu llegada a este mundo celebramos tu vida y nos comprometemos con tus enseñanzas y con tu sueño de ver una nueva humanidad, un pueblo donde reine la libertad, la justicia, la paz y la gracia. Estamos inmensamente agradecidos por tu amor, el cual, trasciende nuestra imaginación. A través de este año una y otra vez hemos visto, sentido y experimentado tu dulce compañía. Nuestros corazones están llenos de gratitud por la oportunidad que nos sigues dando para servirte y servir a toda criatura que mandas a nuestro encuentro. Gracias por ese privilegio, porque, al servir a tu gente vemos más claro tu carácter y tu ser. Alumbra nuestro caminar y al comenzar un nuevo año renueva nuestro ser para que de esta manera nos parezcamos más a ti. Queremos comenzar el 2009 con tu presencia en nuestras vidas ya que solo así seremos tus verdaderos embajadores y embajadoras en este mundo. Nuestro anhelo y compromiso es el de vivir como tú viviste; en amor, con amor y por amor. Te alabamos y te adoramos porque para siempre es tu misericordia.
¡Tú eres nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor!*

R. Esteban Montilla, Ph.D.
Ministerio Cristiano la Trinidad